

INSISTAMOS:

LA OPOSICIÓN DE LA DERECHA

SE HA INDICADO ya que México no tiene hoy problema más grave y más urgente que limitar la fuerza aplastante del gobierno. Conviene, entonces, explorar de dónde pueden venir otras que la contengan.

Solemos olvidar el hecho, que debiera ser el punto de partida obligado de toda reflexión política o económica, de que México ha cambiado enormemente en los últimos treinta años. Esto ocurre así por habersele dado a ese hecho el giro de una aurora boreal que anuncia el Día de la Consagración. De aquí, además de ese olvido, el irreflexivo optimismo de que nuestro progreso no tiene, ni puede tener, límite alguno. Muy por el contrario, ese cambio debiera haber sido, debiera ser hoy, fuente de aflicción, pues un pueblo sensato jamás se sentirá seguro de tener el talento, la imaginación, la perseverancia, la honestidad, aun la buena suerte, para vencer cuanto obstáculo halle en su camino. Sólo los irresponsables pueden dormir tranquilos después de oír la opinión experta de que México debe crear cada año cerca de un millón de empleos nuevos para dar ocupación a sus jóvenes y continuar progresando.

UNO DE LOS aspectos en que el cambio resulta más espectacular es el fortalecimiento de ese sector que se llama "privado" siendo tan público y notorio como el otro. Hace apenas treinta años, nuestros jóvenes izquierdistas se jactaban de que la Revolución había arrastrado a tal punto con los millonarios, que no quedaba siquiera ese espécimen de toda fauna extinta que va al museo. Hoy contemplamos la reconfortante escena de un banquero, pequeñín de cuerpo, pero gigantesco como financiero, que no hace sino sentarse a uno de los muchos banquetes que organiza, y le dispara a su vecino de mesa la pregunta de a cuánto asciende su fortuna personal, pues él puede comunicarle que ha llegado ya a los mil millones de pesos. No es ésta, por supuesto, la única fortuna colosal que existe en México; pueden llegar a un centenar, y a cien millares las que van de uno a veinticinco millones. Y a ellas corresponde una riqueza antes desconocida de empresas de todo orden: bancarias, industriales, de transportes, comerciales, de comunicaciones, mineras y --¡quién lo creyera!-- agrícolas.

MAGNÍFICO, deslumbrador el espectáculo de este cambio conseguido en sólo una generación, tan deslumbrador, de hecho, que deja alelado a quien lo contempla. Pero, a diferencia de los circenses, los espectáculos sociales acarrearán problemas, o, más dulcemente, dudas. Es, pues, legítimo preguntarse si este enorme robustecimiento del sector "privado" ha sido provechoso para el país. No me refiero ahora a los beneficios (o maleficios) socioeconómicos, sino exclusivamente a los políticos.

Desde este punto de vista, pocas, ninguna duda puede haber: bendita sea toda actividad, todo campo, todo medio que le permita

a los mexicanos vivir y desarrollarse fuera del gobierno y aun frente al gobierno. No sólo les da alguna independencia, sino que así se crean intereses y fuerzas que pueden limitar de algún modo el poderío abrumador del gobierno, aliviar el peso de esa mole que no deja caminar, ni respirar siquiera, al pobre mexicano de hoy. Por desgracia, el sector privado como fuerza política tiene lamentables limitaciones, unas que se dan en todo el mundo, y otras más propias de aquí.

LA PRIMERA limitación universal es que los negociantes no actúan abierta, públicamente, a la vista de todo el mundo, digamos como partido político o como franco sostén de un partido político determinado. Lejos de eso, sus figuras representativas sostienen que no participan en la política, llegando a ufanarse de que están muy por encima de ella. En cambio, obran como "grupos de presión" o grupos opresivos. Presionan, oprimen a la sociedad en general y al gobierno en particular para defender sus intereses, dilatarlos y hacerlos prevalecer. Este modo de obrar tiene dos graves inconvenientes para la colectividad. Primero, la descartan con el pretexto de que el negociante maneja intereses privados suyos, cosa inexacta en la mayor parte de los casos. Un industrial que presiona al gobierno para que levante los derechos de importación sobre un artículo extranjero, obtiene la elevación del precio del que produce él, con daño de la colectividad consumidora. El segundo inconveniente es que este daño proviene de un arreglo privado y directo entre el negociante y el gobierno, del cual, por definición, queda excluida la colectividad. Así, el sector privado tiende a conchabarse con el gobierno, a entenderse con él a espaldas del público.

LA LIMITACIÓN propia de México que tiene la iniciativa privada como contrapeso político del gobierno es ésta. Por su naturaleza misma, el negociante es conservador, de modo que actúa más eficazmente cuando se halla frente a un gobierno, no digamos revolucionario, sino progresista, de esos que tienen un claro sentido popular. Pero sí, como ocurre en nuestro caso, el gobierno es también conservador, entonces el negociante se pasa con armas y bagajes al gobierno para reforzar el peso de éste, lejos de aligerarlo; en suma, se convierte en aliado y aun en cómplice del gobierno.

NADA halagüeña es esta situación, y, sin embargo, no debiéramos desesperar de que alguna vez cambie en beneficio de la sociedad mexicana. Primero, porque, como dice un poco enigmáticamente don Javier (R.G.), "el mundo se agita hacia la izquierda". Segundo, también llegará la ocasión (no importa cuán distante se vea ahora) de que el negociante reconozca que, a la larga, su prosperidad depende del público, a quien, por lo tanto, no puede sacrificar indefinidamente sin que reaccione en su contra. Asimismo, el negociante tendrá que admitir que sus relaciones con el gobierno no pueden descansar eternamente en el cortejo y en el soborno, sino en la ley y en el contrato, bases estas más sólidas y estables, así como más limpias y más baratas.